

LA DIVISIÓN AZUL Y EL HOLOCAUSTO EN LA UNIÓN SOVIÉTICA (1941-1943)

Haim Avni

Universidad Hebrea de Jerusalén, Israel

Cuando el embajador alemán en Madrid informó al canciller español Serrano Suñer acerca de la Operación Barbarroja, se le dijo que España estaba dispuesta a enviar unidades de voluntarios al frente ruso para luchar contra el enemigo común. Hitler se sintió complacido porque tenía la esperanza de que España se incorporara oficialmente a la guerra. Alemania tomó a su cargo todas las expensas del equipamiento y entrenamiento de los voluntarios, incluidos sus salarios y los estipendios para sus familias. De este modo nació la División Azul, así llamada por el color de los uniformes del Partido de la Falange al que supuestamente pertenecían todos los voluntarios. De hecho, muchos de los soldados en el primer grupo de 17.000 eran oficiales y comandantes del ejército regular.

El 23 de julio de 1941 la División arribó a la base de entrenamiento en Grafenwehr, Bavaria, y los soldados cambiaron sus uniformes falangistas por los grises del ejército nazi; pequeños distintivos con los colores de la bandera española en mangas y cascos los identificaban como no alemanes. Poco después, en formación militar, juraron lealtad al Führer. El entrenamiento básico tomó solo unas pocas semanas y no los acostumbrados tres meses, porque la conducción española y el general Agustín Muñoz Grandes, comandante de la División, temían que los combates finalizaran antes de que llegaran al frente, lo que les impediría realizar su grandioso sueño de participar en la marcha victoriosa dentro de Moscú.

Para su gran sorpresa, el comando en jefe decidió que no habría transporte hasta el frente. La División llegaría hasta allí a pie, un recorrido de 1.000 kilómetros desde la frontera este de Prusia hasta Vitebsk en Bielorrusia. Los soldados españoles marcharon durante 41 días, desde el 29 de agosto hasta el 8 de octubre, coincidiendo con la primera etapa del asesinato masivo de judíos en la Rusia ocupada por los nazis y la reclusión de los sobrevivientes en guetos. Esta marcha a través del valle de la muerte de la judería polaca, lituana y bielorrusa generó una impresionante convergencia de la historia judía y la historia española.

El entrenamiento en Alemania impactó a los voluntarios españoles también en lo ideológico. Los bolcheviques eran descriptos –al igual que en España– como inspirados y manipulados por los judíos. Este motivo antisemita fue para ellos una mera adición a la imagen satánica de los judíos perpetuada por la religión y la cultura católicas. Al mismo tiempo, es posible que la mayoría nunca había visto en su vida a un judío de carne y hueso. Unos pocos escribieron brevemente sobre su encuentro con judíos, y fueron aún menos los que publicaron sus escritos al retornar a España o en años posteriores.

La primera comunidad judía grande a la que llegaron fue la de Grodno. Allí vivían entonces unos 25.000 judíos, que atravesaban un periodo relativamente calmo, después de una breve ráfaga de asesinatos y decretos de rutina en la ciudad, pero antes de la brutal expulsión de sus hogares y su concentración en dos guetos. Los judíos se distinguían de la población polaca y rusa de la ciudad por las bandas blancas con una estrella de David azul que estaban obligados a portar sobre la manga, y por la prohibición de caminar por las aceras. Todos los varones judíos entre 16 y 60 años debían trabajar para los alemanes, y 40 de ellos fueron enviados al campamento español como obreros de limpieza y mantenimiento. “Es la primera vez que he visto judíos ocupados en trabajos manuales”, escribió en sus memorias el oficial Víctor José Jiménez y Malo de Molina, quien afirmó que los judíos estaban

contentos de trabajar en el campamento español porque allí se los trataba bien (Jiménez y Malo de Molina 1943: pp. 43-47).

De hecho, de acuerdo con las fuentes de que disponemos, muchos soldados de la División Azul violaron la estricta prohibición de la Wehrmacht en cuanto a la socialización con la población local, especialmente con los judíos. Otros memorialistas reflejan las hostiles posturas antisemitas de la Falange y la administración franquista. Sin embargo, quienes registraron la historia de los judíos de Grodno en ese momento se inclinan a aceptar el testimonio de españoles como Jiménez y Malo de Molina: “En total contraste con los alemanes, los españoles mostraron compasión por los judíos durante su breve estadía en Grodno” (Fatal Kna’ani 1996: p. 108).

El 4 de septiembre de 1941 la División retomó su marcha dirigiéndose hacia Vilna, la ciudad que fue un eje vital de la centenaria historia judía en Europa Oriental. La plana mayor de la División, junto con la unidad alemana de enlace, entraron a Vilna el domingo 7 de septiembre, un día después de que la policía lituana, por orden de los nazis, irrumpió en los hogares judíos y arrastró a los 40.000 judíos que quedaban en la ciudad hacia dos guetos vecinos. Ese domingo todavía se veían carros rumbo al gueto, en que se amontonaban judíos enfermos e inválidos. Un pequeño y selecto grupo de oficiales y soldados de la División recibió un día de licencia, y dos de ellos registraron sus impresiones en la ciudad. Uno escribió que vio a judíos deambulando con “una estrella como marca de discriminación” y tuvo pena de ellos (Castañón 1991: pp. 26-27). El otro, que recorrió Vilna el 12 de septiembre, alabó la belleza de la ciudad, pero no escribió una sola palabra sobre los judíos (Jiménez y Malo de Molina 1943: pp. 70-71). No ocurrió así con Karl Jäger, comandante de la Policía de Seguridad alemana (SIPO) y del Servicio de Seguridad (SD), quien coordinaba el genocidio de los judíos de Lituania y llevó un cuidadoso registro diario de todos los asesinatos en los distritos bajo su control. En su entrada del 12 de septiembre de 1941 anotó que fueron muertos “993 judíos, 1.670 judías, 771 niños judíos, 3.334 (total)”¹.

Desde su campamento en el distrito de Vilnius, la División Azul continuó su marcha hacia Minsk. A lo largo de todo el camino los soldados vieron los signos de la batalla que había tenido lugar en esa ruta: tanques alemanes y rusos quemados, innumerables cruces sobre las tumbas de los caídos. El 25 de septiembre llegaron a Orsha, importante cruce en Bielorrusia oriental, donde les esperaba una desilusión. El plan según el cual se reunirían con el grupo del ejército alemán que marchaba hacia Moscú fue anulado, y la División fue reasignada a las tropas que estaban sitiando a Leningrado. Debieron retroceder y dirigirse al norte, hacia Vitebsk, adonde llegaron a comienzos de octubre. Allí, en el pueblo natal del famoso pintor judío Marc Chagall, los españoles en uniformes del ejército nazi volvieron a cruzarse con la historia del Holocausto. El día en que la División Azul abordó los trenes desde Vitebsk hacia el frente en Novgorod, comenzó la matanza sistemática de 16.000 judíos apretujados en un gueto establecido en un área bombardeada y quemada convertida en un basural de escombros y hierros chamuscados. Un testigo sobreviviente describe la escena: “Durante tres días transportaron a los judíos en camiones hasta las orillas del río Vitba. Allí separaron a los bebés y los llevaron a otro sitio. Los adultos fueron baleados en el lugar y arrojados al río” (Friedman 1957: pp. 447, 451; Spector 1990: p. 403).

De este modo, ese mismo 8 de octubre de 1941 en que una parte de la División partió en tren desde Vitebsk rumbo a los campos de batalla, fueron asesinados los últimos judíos de Vitebsk.

Encuentros en la retaguardia

El 12 de octubre de 1941 los soldados españoles fueron desplegados en una franja de 40 kilómetros en cuyo centro se hallaba la histórica ciudad de Novgorod. No había judíos en esta región, y tampoco en otra zona del frente donde la División tomó posiciones en el verano de 1942. Desde el punto de vista militar, el frente era estático. A partir de la primavera de 1942, comenzaron a llegar refuerzos de

¹ La fotocopia de este documento figura en Levin 1994: pp. 93-96.

España. Durante un periodo de dos años, hasta el 12 de octubre de 1943, el total de españoles enrolados en la División Azul fue de 45.000.

Las cifras de caídos, heridos y enfermos eran sumamente elevadas, y los helados inviernos y duros veranos rusos contribuían a ello. En el frente se establecieron hospitales de campaña y en Vilna y Riga, hospitales de retaguardia. Con el tiempo fueron traídos a los mismos miles de soldados.

El hospital de Vilna abarcaba una superficie de cinco hectáreas en un suburbio al sudeste de la ciudad, a 5 km del centro de la misma. Se llegaba a él por una ruta cómoda y un ramal ferroviario. Cuando los españoles lo recibieron había en él 200 camas, que hasta fines de 1942 llegaron a 450. El predio incluía clínicas para radiografías, tratamientos con Roentgen y electricidad, una farmacia y talleres.

Desde su fundación y hasta fines de 1942, durante diez meses, el hospital atendió 2.009 heridos y enfermos que cubrieron 71.018 días de internación. A medida que iban sanando aumentaba su movilidad y su posibilidad de salir del hospital y visitar el centro de Vilna².

El equipo profesional del hospital incluía a un comandante médico y con él 4 o 5 oficiales médicos, 12-15 enfermeras, 2-3 farmacéuticos, un director administrativo y un sacerdote militar. Una unidad de unos 40 soldados se ocupaba ante todo de tareas de seguridad y vigilancia. A comienzos de marzo de 1943 el personal español del hospital de Vilna contaba con 81 soldados, oficiales y poseedores de otros grados, y enfermeras. Este limitado personal médico y de apoyo no podía, claramente, ocuparse de un número tan elevado de heridos y enfermos. Las tareas de los talleres y el servicio de cocina que debía alimentar diariamente a centenas de pacientes y trabajadores debieron ocupar a muchos que no figuraban en los informes de personal que se enviaban al comandante del servicio médico de la División³.

Ecos de la presencia de otros trabajadores surge del informe del hospital para 1942. Bajo el rubro “Disciplina”, se mencionan problemas en la conducta de tres grupos dentro del hospital. El primero, el equipo médico y todos los españoles adscriptos al mismo; el segundo, los internados cuya mejoría les permitía salir a pasear por Vilna.

Para nuestro tema es particularmente importante el tercer grupo, el “personal no español”, sobre el cual dice el informe:

El personal no español que presta sus servicios [...] es muy heterogéneo: lo componen enfermeras polacas diplomadas, personal civil polaco y *judío* de ambos sexos, y prisioneros rusos. Todo este personal en cambio se comporta disciplinadamente, y es raro el caso en que hay aplicar un correctivo, debido acaso a la situación política del mismo, que quizá *por miedo* más que otra cosa les obliga a comportarse en la forma ya dicha⁴.

Esta sección del informe termina con esta observación: “Las relaciones de uno y otro grupo son cordiales y de respeto mutuo”.

De esto resulta que en el ámbito del hospital de la División Azul en Vilna tenía lugar un encuentro físico directo entre trabajadores forzados judíos provenientes del gueto y oficiales y soldados españoles. La identidad judía de esos trabajadores era conocida por todos: la proclamaba la estrella de David cosida a sus ropas. Dado el alcance de las actividades del hospital y la naturaleza de sus servicios y talleres, podemos suponer que el número de “no españoles” era realmente grande. Además, la escasa cantidad de médicos españoles nos permite suponer que los “no españoles” incluían también

² Archivo General Militar de Ávila (en adelante: AGMAV), C. 2024, Cp. 19, D. 1/18.

³ AGMAV, C. 2025, Cp. 17, D. 4/13, informe sobre el estado de camas, 1.3.1943; C. 1995, Cp. 13, D. 1/4-7, listado de nombres y funciones del personal en los hospitales de Vilna y Riga (entre otros) con fecha 1.10.1943 (mi énfasis).

⁴ AGMAV, C. 2424, Cp. 19, D. 1/26.

a médicos. ¿Había entre ellos judíos? ¿Cuántos judíos y judías estaban empleados en el hospital? ¿En qué funciones y oficios se utilizaba a los varones, y cuál era el trabajo de las mujeres? Ningún dato acerca de todo ello figura en los informes españoles.

A fines de 1942 se estableció dentro del hospital un campamento de recuperación para soldados españoles, como unidad autónoma. A su frente estaba un oficial con el grado de capitán, que contaba con siete funcionarios de tareas definidas, entre ellos un cocinero y un traductor. La unidad estaba subordinada a la comandancia de servicios de restablecimiento alemán del ejército del norte.⁵ En la unidad había 100 camas, que en casos de emergencia podían utilizarse para heridos y enfermos. Pero en general disfrutaron de esos servicios, por un lapso acotado, grupos sucesivos de soldados convalecientes⁶.

Muchos centenares de soldados y oficiales españoles pudieron recorrer el centro de la ciudad de Vilna desde comienzos de la primavera de 1942. La mayoría provenía del hospital: personal médico y administrativo, enfermos convalecientes, internados en el campamento de recuperación. Se les sumaban los soldados que servían en las reducidas subcomandancias de servicios españoles y asimismo ocasionales personas de paso por la ciudad. En tanto católicos practicantes, seguramente les atraían la gran catedral próxima al casco antiguo y otras hermosas iglesias. Por otra parte, los cines y otros lugares de diversión, incluidos los que ofrecían desahogo sexual, convertían a la estadía en la ciudad en una experiencia agradable y relajante. Ninguno de estos visitantes podía ignorar la presencia del gueto judío en el centro del casco viejo de Vilna, del que todos los días salían y volvían los trabajadores forzados judíos.

Los judíos en Vilna

A comienzos de febrero de 1942, cuando se erigió el hospital de la División Azul, el gueto de Vilna no se parecía al que vieron cinco meses antes los soldados españoles a su paso por la ciudad. De los 57.000 judíos que había en la misma cuando la conquista alemana, en la segunda semana de septiembre de 1941 solo quedaban 40.000, confinados en el gueto grande y el gueto pequeño. Desde entonces y hasta comienzos de 1942, la mitad de ellos fue asesinada y la superficie del gueto se redujo drásticamente. Los trabajadores judíos del hospital español eran en 1942 parte de los 20.000 habitantes del gueto. La mayoría había perdido familiares aniquilados en las diversas *Aktionen* llevadas a cabo por el gobierno nazi y sus colaboradores lituanos. Pero no habían perdido su intenso deseo de vivir, y confiaban en que el trabajo que realizaban para los alemanes les aseguraría la vida. Tampoco renunciaron a una intensa vida cultural dentro del gueto.

Los soldados de la División Azul que deambulaban por las calles de Vilna no podían, por supuesto, conocer lo que ocurría dentro de la zona clausurada y vigilada del gueto. En cambio, no podían no ver a los grupos de trabajadores forzados que iban y venían del mismo custodiados por soldados alemanes y milicianos lituanos. Además, según un testimonio, una vez al menos y quizás en varias ocasiones adicionales los soldados convalecientes debieron participar de la vigilancia de los trabajadores judíos del hospital en su camino de ida y vuelta (Núñez Seixas 2011: p. 315). Pero ese espectáculo no debía ser más que una rutina normal, carente de todo efecto estremecedor.

Riga

Las unidades de la División Azul en Riga eran las más importantes y aparentemente también las más numerosas entre todas las unidades de retaguardia. La ciudad era centro del gobierno militar alemán sobre todo “Ostland”, la región que incluía a los países bálticos y la mayor parte de Bielorrusia, y del ejército alemán en la misma. Riga también estaba más cerca que Vilna del frente en el cual combatía la

⁵ AGMAV, C. 2024, Cp. 18, D. 5, 53.

⁶ AGMAV, C. 2025, Cp. 5, D. 1/8, informe mensual sobre hospitales, enero de 1943.

División. Allí se publicaban “Hojas de campaña” para los soldados españoles, y la estación de radio de la Wehrmacht transmitía programas recibidos desde España. En Riga estaba también la base de retaguardia de aprovisionamiento de la División, a la que llegaban alimentos y suministros especiales desde España (Kleinfeld y Tambs 2014: p. 175).

Los soldados españoles establecidos en Riga y los que llegaban de paso crearon un centro en el que podían beber, conversar y leer los periódicos que llegaban de España con tres días de atraso. Además de heridos convalecientes a punto de ser dados de alta, había también en Riga otros soldados en diversas funciones (Rodríguez Jiménez 2007: p. 205).

El deterioro en el frente hizo que pequeños grupos obtuvieran breves períodos de licencia organizada en Riga. En el verano de 1943 la División Azul recibió, al igual que las divisiones alemanas, una gran residencia de veraneo a orillas del mar, en la que descansaban por turnos grupos de combatientes que habían pasado un tiempo prolongado en las trincheras del frente. Cada grupo constaba de 200 soldados y 45 oficiales y sargentos, y ello se repitió mensualmente desde mayo hasta fin de julio. Este arreglo fue anulado, según Infantes, debido al siguiente percance:

[...] situado el chalet español cercano a la playa y no lejos de otro análogo, ocupado por una organización [alemana] femenina de servicios del ejército, se produjo la inevitable aproximación y camaradería. Fuera por provocaciones de unos o de otras, fuera por el peligro de mezclarse en baños y juegos soldados españoles con chicas agraciadas (mezcla detonante), el caso es que se rebasaron los prudentes límites de *camaradería* y no hubo otro remedio que poner distancia, mucha distancia, entre los dos grupos. (Esteban-Infantes 1956: pp. 187-188)

En lugar de los licenciados del frente, se alojó en el chalet a españoles convalecientes de heridas graves, “sin energías para dedicarse a empresas amorosas”.

Como en Vilna, el hospital español era la institución más importante y estable de toda la retaguardia de la División. Pero aquí, debido a su ubicación, el hospital podría constituir un punto de contacto de gran envergadura entre los soldados de la División y los judíos.

Al estallar la guerra existían en Riga dos hospitales judíos, uno creado aún antes de la Primera Guerra Mundial y el segundo inaugurado en 1924. Ambos se hallaban cerca de la población judía y a escasa distancia uno del otro. Ambos fueron confiscados por el ejército alemán, que transformó al primero en hospital militar alemán y transfirió el segundo a la División Azul. Tal como en Vilna, el hospital español abrió en febrero de 1942. Ambos hospitales se hallaban cerca del terreno acotado destinado al gueto. De modo que tanto los médicos y sus asistentes, como los centenares de heridos y enfermos españoles, poseyeron un punto de observación directo del destino de los judíos encerrados en las calles vecinas⁷.

El 1.º de marzo de 1943 el hospital tenía 360 camas y un personal médico de 74 españoles que incluía oficiales médicos, enfermeras, asistentes, personal auxiliar y fuerzas de seguridad⁸. También aquí eran necesarios trabajadores civiles para los servicios, y la cercanía a los guetos generó contactos cotidianos con judíos, mucho más en Riga que en Vilna.

Resulta, pues, que centenares y quizás miles de soldados de la División Azul pudieron ser testigos presenciales de la existencia y el sufrimiento de los judíos sobrevivientes en Riga mientras se hallaron en la ciudad.

⁷ Agradezco al Prof. Moti Zalkin de la Universidad Ben Gurión, quien puso a mi disposición las fuentes de estos datos.

⁸ AGMAV, C. 2025, Cp. 17, D. 4/10.

Los judíos en Riga

Tal como ocurrió en Vilna, también en Riga la masacre sistemática de judíos precedió a la erección de las unidades españolas de retaguardia en la ciudad. Centenares de judíos fueron asesinados por los letonios y alemanes en los primeros días tras la conquista de la ciudad el 1.º de julio de 1941, a la que siguieron las restricciones a sus movimientos, el uso del distintivo con la estrella de David y la concentración en el gueto. Y unos cuatro meses y medio después, comenzó la matanza sistemática de la mayoría de los 25.000 judíos. En diciembre de 1941 quedaban en Riga unos 4.000 hombres y 800 mujeres, encerrados en dos ámbitos separados (Ezergailis 1996: pp. 239-270).

No eran ellos los únicos judíos en Riga. Sin relación directa con la matanza de judíos letonios, comenzaron a llegar a Riga transportes de judíos alemanes o hablantes de alemán de todas las zonas del Gran Reich. La decisión de evacuar hacia el Este a los 50.000 judíos que quedaban en Alemania, Austria y el protectorado de Bohemia y Moravia fue tomada ya a comienzos de octubre de 1941 por Himmler, y Riga era uno de los lugares de destino. El primer tren con 1.000 judíos de Berlín llegó a la estación suburbana de Skirotava el 29 de noviembre por la noche, y todos fueron asesinados. Otros diez transportes llegaron desde principios de diciembre de 1941 hasta la primera semana de febrero de 1942, con más de 15.000 judíos (Schneider 1979: p. 155), quienes fueron organizados en un gueto separado del “pequeño” en que se hallaban los restos de la judería letonia, divididos por dos alambradas de púas en una misma calle. Sobre ambos guetos regían los mismos comandantes, que asesinaban sin vacilar a todo el que provocaba su disgusto.

Al igual que en Vilna, los judíos letonios eran conscientes de que su único medio para sobrevivir era trabajar al servicio de sus amos. Existían muchos y variados lugares de trabajo: instalaciones del ejército alemán, establecimientos de los SS y fábricas letonas privadas que trabajaban para los alemanes, así como bases de aprovisionamiento y hospitales. Las raciones de los trabajadores eran muy magras y la busca de alimentos formaba parte de su esfuerzo por sobrevivir. En cuanto al sueldo que les correspondía pese a ser esclavos, era cobrado por la policía de seguridad alemana que controlaba el gueto (Schneider 1979: pp. 62, 68-69).

Los españoles que sirvieron en Riga en 1942 y la primera mitad de 1943 no podían saber, naturalmente, de la brutal matanza que precedió su llegada a la ciudad. Es muy probable que también el asesinato de 4.400 judíos “ineptos para el trabajo” entre febrero y abril de 1942 escapó a su conocimiento. Pero las filas de judíos que marchaban, al principio y fin del día, por el centro de las calles –ya que tenían prohibido caminar por las aceras–, marcados con la estrella de David y escoltados por policías letones y hombres de la Gestapo, eran, como en Vilna, un espectáculo cotidiano ineludible. También eran muy visibles las mujeres judías que en invierno debían limpiar la nieve de las calles.

De quienes pasaron en Riga un breve tiempo de convalecencia o sus vacaciones, y de los viajeros de paso, no puede esperarse más allá de una leve vacilación –teñida ya sea de hostilidad antijudía, ya sea de compasión– ante ese espectáculo. Pero quienes servían en Riga estuvieron continuamente expuestos a ese fragmento del proceso del Holocausto local. Como dijimos, los judíos trabajaban en los hospitales del ejército alemán y por ende también en el español. Pero, a diferencia de Vilna, carecemos de datos al respecto.

El fin de los senderos que confluyen

El 21 de junio de 1943 Heinrich Himmler dio el orden de comenzar inmediatamente con la liquidación de los guetos restantes en Ostland, el mayor de los cuales era el de Vilna (Arad 2004: p. 571). Los judíos aptos para el trabajo serían enviados a campos de labor forzada en Letonia y Estonia, y los demás serían masacrados. Pese a las objeciones de quienes se beneficiaban con el trabajo en los guetos, Himmler impuso su decisión, tras obtener el consentimiento de Hitler en su residencia en los Alpes.

En el gueto de Vilna quedaban 18.000-19.000 judíos; la liquidación se realizó por etapas entre agosto y septiembre, y culminó el 23 y 24 de setiembre. Unos 4.000 hombres y mujeres fueron separados de sus familias y enviados a Letonia y Estonia; un número semejante de mujeres y niños fue enviado al campo de muerte de Sobibor en Polonia, y varios centenares de ancianos fueron asesinados a tiros en Ponar. Oficialmente el gueto había dejado de existir; los alemanes realizaron una cacería de quienes se hallaban ocultos en sótanos, cuevas y cloacas (Arad 2004: pp. 571-573).

En Riga la liquidación de los guetos, el “letón” y el “alemán”, fue más lento. Una clara mañana de julio los trabajadores de diversos sitios fueron informados de que “estaban despedidos” y debían retornar a sus casas, preparar un equipaje reducido y presentarse al día siguiente para ser trasladados a un nuevo lugar de trabajo. Cargando sus atados y vestidos con varias capas de ropas abrigadas en prevención del futuro invierno, marcharon en un caluroso día de verano unos diez kilómetros hasta el campamento de detención Kaiserwald destinado a criminales, y fueron justamente estos quienes los recibieron. Pero como no había sitio en el campamento, y además sus servicios seguían siendo necesarios, tres cuartas partes de los evacuados fueron devueltos a Riga e instalados en sus lugares de trabajo, aunque oficialmente figuraba que residían en el campamento. Los restantes quedaron en Kaiserwald y fueron destinados a excavaciones, talleres de costura y otras tareas. Quienes no podían trabajar fueron marcados para su ejecución. La evacuación de los dos guetos de Riga continuó durante dos meses y terminó solo en noviembre de 1943 (Schneider 1979: pp. 115-133).

El proceso de desmembramiento de la División Azul comenzó poco tiempo después de la liquidación de los guetos.

El 1.º de octubre de 1943 las unidades españolas en el frente y la retaguardia continuaban con su rutina, y así lo consignaban los informes. Ese día el embajador español Ginés Vidal y Saura informó a la cancillería en Berlín que su gobierno había decidido evacuar a la División Azul de Rusia. La presión ejercida sobre Franco por Gran Bretaña y los Estados Unidos, la destitución y encarcelamiento de Benito Mussolini, y la rendición de Italia a los Aliados en septiembre de 1943 inclinaron definitivamente el fiel de la balanza. El 24 de septiembre el gobierno español decidió el retorno sin dilaciones de la División Azul (Moreno Juliá 2005: pp. 280-291).

El 5 de octubre el comandante de la División Azul, general Emilio Esteban-Infantes, obtuvo del general Georg Lindemann, comandante del sitio a la ciudad de Leningrado, la condecoración que describe como “Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro”. También supo por el comandante alemán que se había recibido la orden de “retirar de línea la División española con objeto de que descansara y se dedicara a instrucción”. La medida se aplicó con rapidez y eficiencia: una semana después, el 12 de octubre, la zona del frente a su cargo fue transferida a una división alemana. Era el Día de la Raza, la conmemoración del descubrimiento de América, y en él se cumplían dos años de la entrada en funciones de la División Azul (Esteban-Infantes 1956: pp. 229-230).

Resumen: el encuentro de judíos y españoles en Rusia

Durante algo más de dos años decisivos en la historia de la guerra mundial y del Holocausto, decenas de miles de soldados españoles se hallaron a solo pocos pasos de decenas de miles de judíos en los territorios conquistados por los alemanes en los países bálticos. Allí se cruzaron los caminos de ambos, en la forma que hemos descrito. Pero ambos grupos solamente nos dejaron escasos y excepcionales indicios documentales sobre ese encuentro histórico.

Sobre la presencia de los españoles en Grodno al comienzo de su marcha existe, como vimos, una mención historiográfica positiva por parte de los judíos. Sin duda, muchos testimonios se perdieron debido al asesinato de tantos. También entre los pocos que sobrevivieron hubo quizá quienes se encontraron por casualidad o en forma continua con españoles, pero no se conservaron testimonios al respecto.

El amplio estudio de Xosé M. Núñez Seixas sobre libros y artículos publicados por los miembros de la División Azul, inmediatamente o muchos años después de los sucesos, así como los diarios personales no publicados, nos ofrecen testimonios escasos y fragmentarios, si bien variados. La mayoría se refiere a la marcha hacia el frente, pero brillan por su escasez las referencias de los soldados que sirvieron en las unidades de retaguardia, en los hospitales y otros sitios (Núñez Seixas 2016: pp. 556-518).

No cabe duda de que los soldados españoles no participaron ni presenciaron las matanzas de judíos, aunque es difícil suponer que no supieron de las mismas, al menos aquellos cuyas tareas los mantenían en estrecho contacto con soldados alemanes. ¿Podrían los soldados de la División Azul haber salvado a judíos?

No poseemos información que nos permita responder a esta pregunta. Hasta ahora contamos con un solo testimonio, que se refiere a la destrucción de los judíos de Letonia. Max Kaufmann, cuya esposa y único hijo fueron asesinados en el gueto, reunió al finalizar la guerra todos los datos de su memoria y de otras fuentes sobre la destrucción de los judíos de Letonia. Su libro publicado en *ídish* ya en 1947 incluye numerosos nombres completos de judíos asesinados y sobrevivientes. En este libro pionero se cuenta que un judío llamado Boris Kaplan, abogado, conoció en su lugar de trabajo forzado a un oficial de la División española que consiguió incluirlos a él y a dos amigos en una marcha de soldados que se hallaban en camino de regreso a la patria. Estos tres judíos lograron llegar hasta la frontera española, pero allí fueron descubiertos por la Gestapo y devueltos a la cárcel de Riga (Kaufmann 2010: p. 101).

¿Cuál fue el destino de los judíos que trabajaban en el hospital de Vilna cuando el gueto fue liquidado oficialmente, el 23 de septiembre de 1943? ¿Siguieron trabajando allí? Y en ese caso, ¿pudieron llevar al hospital a sus familiares? En cuanto a Riga, ¿estaba el hospital español entre los sitios de trabajo militar en que también residían los trabajadores judíos tras la liquidación del gueto? Y si fue así, ¿qué ocurrió con ellos después de disuelta la División Azul? No poseemos respuesta para estas preguntas.

En la Unión Soviética, en los lugares recorridos a pie por la División Azul y en los que se desempeñaron sus unidades de retaguardia, se cruzaron los senderos de la historia judía y española. Un sitio geográfico común, pero dos orillas de un enfrentamiento trágico: soldados españoles en uniforme del ejército nazi, frente a judíos humillados y sometidos a trabajos forzados, recluidos en guetos y asesinados por cómplices del nazismo. Solo un pequeño distintivo en la manga distinguía a los soldados españoles de los alemanes, y a veces simbolizó, quizás, sentimientos diferentes, más humanos, respecto de los judíos. Pero Núñez Seixas, que dedicó su investigación a la personalidad y experiencias de los soldados de la División, basándose en el total de sus fuentes, llegó a la conclusión de que su actitud ante los judíos no fue diferente de la de todos los otros que “se hallaban al costado”, los *bystanders* del Holocausto (Núñez Seixas 2016: 316-318).

Bibliografía

- ARAD, Yitzjak (2004): *Historia del Holocausto en la U.R.S.S. y territorios anexados*. Jerusalén: Yad Vashem [hebreo].
- CASTAÑÓN, José Manuel (1991): *Diario de una aventura*. Madrid: Fundación Dolores Medio.
- ESTEBAN-INFANTES, Emilio (1956): *La División Azul*. Barcelona: Ed. AHR.
- EZERGAILIS, Andrew (1996): *The Holocaust in Letonia, 1941-1944*. Riga: The Historical Institute of Letonia and The United States Holocaust Memorial Museum.
- FATAL-KNA'ANI, Tikva (1996): “Grodno”, en Shmuel Spector (ed.), *Lost Jewish Worlds*. Jerusalén: Yad Vashem.
- FRIEDMAN, Phillip (1957): “La aniquilación de los judíos de Vitebsk”, en Baruch Karu (ed.), *Vitebsk*. Tel Aviv, pp. 444-452. [hebreo]
- JIMÉNEZ Y MALO DE MOLINA, Víctor José (1943): *De España a Rusia – 5.000 km con la División Azul*. Madrid: Imprenta de Madrid.
- KAUFMANN, Max (2010): *Churbn Lettland, The Destruction of the Jews of Latvia*. Konstanz: Hartung Publishers.
- KLEINFELD, Gerald R. y Lewis TAMBS (2014): *Hitler's Spanish Legion: The Blue Division in Russia in WWII*. Mechanicsburg: Stackpole Books [1.ª edición, 1979].
- LEVIN, Dov (ed.) (1994): *Registro de comunidades judías*. Jerusalén: Yad Vashem [hebreo].
- MORENO JULIÁ, Xavier (2005): *La División Azul, sangre española en Rusia*. Barcelona: Crítica.
- NÚÑEZ SEIXAS, Xosé M. (2011): “¿Testigos o encubridores? La División Azul y el Holocausto de los judíos europeos: Entre historia y memoria”, en *Historia y Política*, núm. 26.
- (2016): *Camarada Invierno, Experiencia y memoria de la División Azul (1941-1945)*. Barcelona: Crítica.
- RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, José Luis (2007): *De héroes e indeseables. La División Azul*. Madrid: Espasa Calpe.
- SCHEFFLER, Wolfgang (2003): “The Fate of German, Austrian and Czechoslovakian Jews Deportees to the Baltic States 1941-1945. A Historical Overview”, en Wolfgang Sheffler y Diane Schulle, *Buch der Erinnerung*, München: Band I, K.G. Saur.
- SCHNEIDER, Gertrude (1979): *Journey into Terror, Story of the Riga Ghetto*. New York: Ark House Ltd.
- SPECTOR, Shmuel (1990): “Vitebsk”, en *Enciclopedia de la Shoá*, Jerusalén: Yad Vashem, vol. 2 [hebreo].